



# Líster: La defensa de Madrid

Los primeros días del mes de noviembre de 1936, fueron decisivos en la lucha por Madrid. El Ejército franquista atacaba incesantemente la capital, mientras en su interior se quería resistir a cualquier precio. De ello, de combates como el de estos milicianos en la Casa de Campo, habla Líster en el texto adjunto.

*El regreso desde el exilio de Enrique Líster ha situado de nuevo su figura en la actualidad. Alejado durante casi cuarenta años de España, su presencia hoy nos devuelve la memoria de unos hechos que todos debemos conocer a fondo. Sucesivamente comandante-jefe del V Regimiento, organizador y jefe de la I Brigada Mixta y de la XI División, y jefe del V Cuerpo de Ejército, a lo largo de nuestra guerra civil, Líster fue uno de los máximos protagonistas del combate militar dentro del campo republicano. Ello queda reflejado en sus «Memorias de un luchador», cuyo tomo inicial («Los primeros combates») ha sido publicado este mismo año. Y de este libro extraemos ahora —gracias a la gentileza del editor Gregorio del Toro— para TIEMPO DE HISTORIA lo referente a la defensa de Madrid. Los primeros párrafos reproducidos abarcan las fechas más decisivas, del 6 al 9 de noviembre de 1936:*

**A**L anochecer del día 6 me presenté al general Pozas, le expliqué la situación de mis fuerzas y el peligro en que se encontraban de quedar cerradas. Pozas me explicó que el Gobierno se había marchado y que Asensio había dejado la orden de abandonar Madrid, replegar las fuerzas de la Sierra —a las que ya el propio Asensio les había dado la orden para ello— y establecer una línea fuerte, lo más continua posible, a cierta distancia de Madrid. En cuanto a mis fuerzas, me ordenó replegarlas a Tarancón y allí, esperar órdenes.

Le mostré mi extrañeza, mi pena y mi desacuerdo con tal decisión. Le hablé del pueblo que confiaba en nosotros y al que íbamos a dejar abandonado a merced de los fascistas nacionales y extranjeros. Me

respondió que para un militar lo que contaba eran las armas y los combatientes y que no disponíamos ni de unas ni de otros en suficiente número para defender Madrid, y agregó: «Si no andamos rápidos, lo más seguro es que mañana a estas horas nos hayan fusilado a todos, y nosotros dos, por motivos diferentes, seremos de los primeros.» Le dije que seguía estando en desacuerdo con esa decisión y salí.

Me fui a Serrano 6, donde estaba el Buró Político del Partido, y les informé de la situación de mis fuerzas y de la conversación que acababa de tener con Pozas. José Díaz me dijo que en lo que se refería a la orden de repliegue de la Sierra podía estar tranquilo, que nadie la cumpliría. En lo tocante a mis fuerzas, fue aprobada por el Buró Político

mi propuesta de cumplir la orden de replegar las posiciones que ocupaban. pero no a Tarancón, sino hacia Madrid.

De vuelta hacia mi puesto de mando, al pasar por Villaverde, ya fui tiroteado por el enemigo. Mis fuerzas estaban casi cortadas de Madrid y la salida por ese lugar para todos los combatientes se hacía difícil. En vista de ello, di la orden a una parte de las unidades de replegarse sobre la parte baja de Villaverde, y al resto, las que estaban más gastadas, de cruzar el río por cerca de Perales, concentrándose en la región de Vaciamadrid-Arganda. Al amanecer del 7 todos estaban ya en sus lugares de concentración; no se había perdido ni un solo hombre ni un arma, y la marcha del enemigo hacia Madrid, por Villaverde-Entrevías-Puente de Vallecas, estaba cerrada.

En la mañana del 7 me presenté al teniente coronel Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor de la Defensa de Madrid, que se había organizado la noche antes. Le expliqué la situación de mis fuerzas y Rojo, después de aprobar todas las medidas que yo había tomado, me informó de la situación y de las medidas que él estaba tomando y que se especificaban en una orden que recibí más tarde. Por ella se nombraban jefes de los diferentes sectores de la defensa de Madrid: al coronel Bueno, Vallecas; al comandante Lister, Villaverde; al coronel Prada, Puente de la Princesa; al comandante Rovira, Carabanchel; al coronel Escobar, carretera de Extremadura (fue herido y sustituido por el coronel Arce); a los coroneles Mena y Clairac, Puente de Toledo; al coronel Alvarez Coque, teniente coronel Galán y comandantes Enciso y Romero, Casa de Campo; a José Ma-

ría Galán, Húmera-Pozuelo; al coronel Barceló, Boadilla del Monte.

Defensa artillera, comandante Zamarro; dirección de los trabajos de fortificación, coronel Ardiz y Federico Molero; Sanidad, Dr. Planelles.

Entre el 9 y el 15 la defensa fue reforzada por las Brigadas 2.<sup>a</sup> (Martínez de Aragón), 4.<sup>a</sup> (Arellano) y 5.<sup>a</sup> (Sabio), las Columnas Ortega, Durruti, Perea y Cavada y las 11 y 12 Brigadas Internacionales.

Del Estado Mayor de Rojo me fui al 5.<sup>o</sup> Regimiento del que seguía siendo el jefe. Allí estaba Carlos en plena actividad, rodeado de Ortega, Benigno, Sánchez Arcas y otros camaradas. Me informaron de

todo lo que conocían acerca de la situación en los diferentes sectores de Madrid, los de la Sierra y los frentes más lejanos. Juntos examinamos la situación y acordamos una serie de medidas. Como en los días de julio, el 5.<sup>o</sup> Regimiento era un hervidero de hombres que venían a preguntar, a ofrecerse para lo que pudiesen ser útiles.

En la tarde del 7, mis unidades, que se habían replegado a la región de Vaciamadrid, llegaron a Entrevías y al anochecer comenzamos la reconquista de Villaverde, casa por casa.

El choque fue brutal entre aquellos ejércitos, borrachos de victorias desde Sevilla a Madrid, y los defensores de la libertad que habían decidido



En la defensa de Madrid, el V Regimiento jugó su último papel antes de ser disuelto. Su comandante-jefe, Enrique Lister (a la izquierda del lector), aparece en la foto por aquellos días junto al también comandante «Carlos» (Carlos Contreras).

morir antes de dar un paso atrás. La 1.<sup>a</sup> Brigada no sólo estaba dispuesta a no retroceder, sino que, después de parar al enemigo en seco, contraatacó y comenzó entonces una sucesión de combates feroces donde las armas principales eran la bomba de mano y la bayoneta; y así en cada calle, en cada casa, en cada habitación, no sabiendo ya muchas veces si se mataba a un enemigo o a un compañero. Luego todo se fue estabilizando. Era una lucha de forcejeos, en la que unas veces se ganaban unos metros y otras se perdían. Esos combates no tenían ninguna importancia decisiva desde el punto de vista del terreno, pero reforzaban la combatividad de las tropas y se detenía y debilitaba al enemigo.

El día 7 lo pasó el enemigo en ataques locales, al mismo tiempo que preparaba el gran ataque que desencadenó el día 8. Los días decisivos de Madrid fueron del 6 al 9. En la mañana del 8 de noviembre, puntualmente, según el plan, las columnas enemigas iniciaron el avance, pero chocaron con una resistencia organizada.

Esos cuatro días, y sobre todo el 7, el 8 y el 9, fueron los decisivos no porque los combates resultaran más sangrientos que otros que tuvieron lugar después, sino porque el parón cambió las ideas de cientos de miles de habitantes de Madrid. Renacía en los combatientes la confianza en que era posible derrotar al enemigo y en la población renacía la confianza en los combatientes de la primera línea. Después de tres meses de retrocesos, de partes falsos y de engaños, el pueblo de Madrid se encontraba cara a cara con la trágica realidad y le hacía frente con valentía.

Los franquistas se habían hecho demasiadas ilusiones:

prepararon su plan de ataque que, como pasa con todos los planes elaborados a base de ilusiones y no de realidades, resultó un plan aventurero y como tal fracasó. Contaban con la desmoralización de los milicianos y del pueblo de Madrid y con el pánico general. Pero entre los combatientes y el pueblo no hubo desmoralización ni pánico, sino todo lo contrario: una moral de acero y una combatividad que superaba a todo lo conocido. La constitución de la Junta de Defensa no sólo contrarrestó el efecto negativo de la marcha del Gobierno de la capital, sino que despertaba un gran entusiasmo entre los combatientes, levantando su moral, reforzando su confianza en la victoria. La confianza de los combatientes y del pueblo no se vio defraudada en ningún momento. El orden y la disciplina se reforzaban de día en día en la capital.

Hasta Madrid se había podido llegar, pero en Madrid no se podía entrar. Moros, legionario, italianos, alemanes, falangistas, allí estaban todos moviéndose en sus arremetidas por varios costados; pero Madrid estaba en pie, soberbio ante el peligro. ¿Cómo era posible aquello? Todo el pueblo, de punta a punta de Madrid, hizo resonar el grito de «NO PASARAN».

Los tranviarios conducían sus tranvías hasta darse de boca con el enemigo, los colocaban como barricadas y buscaban el fusil de un herido, de un muerto, un pico, una pala, algo con que matar fascistas. Y lo mismo hacían los barberos, los mozos de café, los empleados, todos.

Las mujeres entraban en los cafés y las tabernas, cogían el café y el coñac, todo lo que encontraban y marchaban a primera línea a dárselo a los milicianos. De labios de esas mujeres salieron las palabras

más cariñosas y las más duras: se las veía abrazar a los valientes y decirles las palabras más hirientes a los que tenían un momento de vacilación.

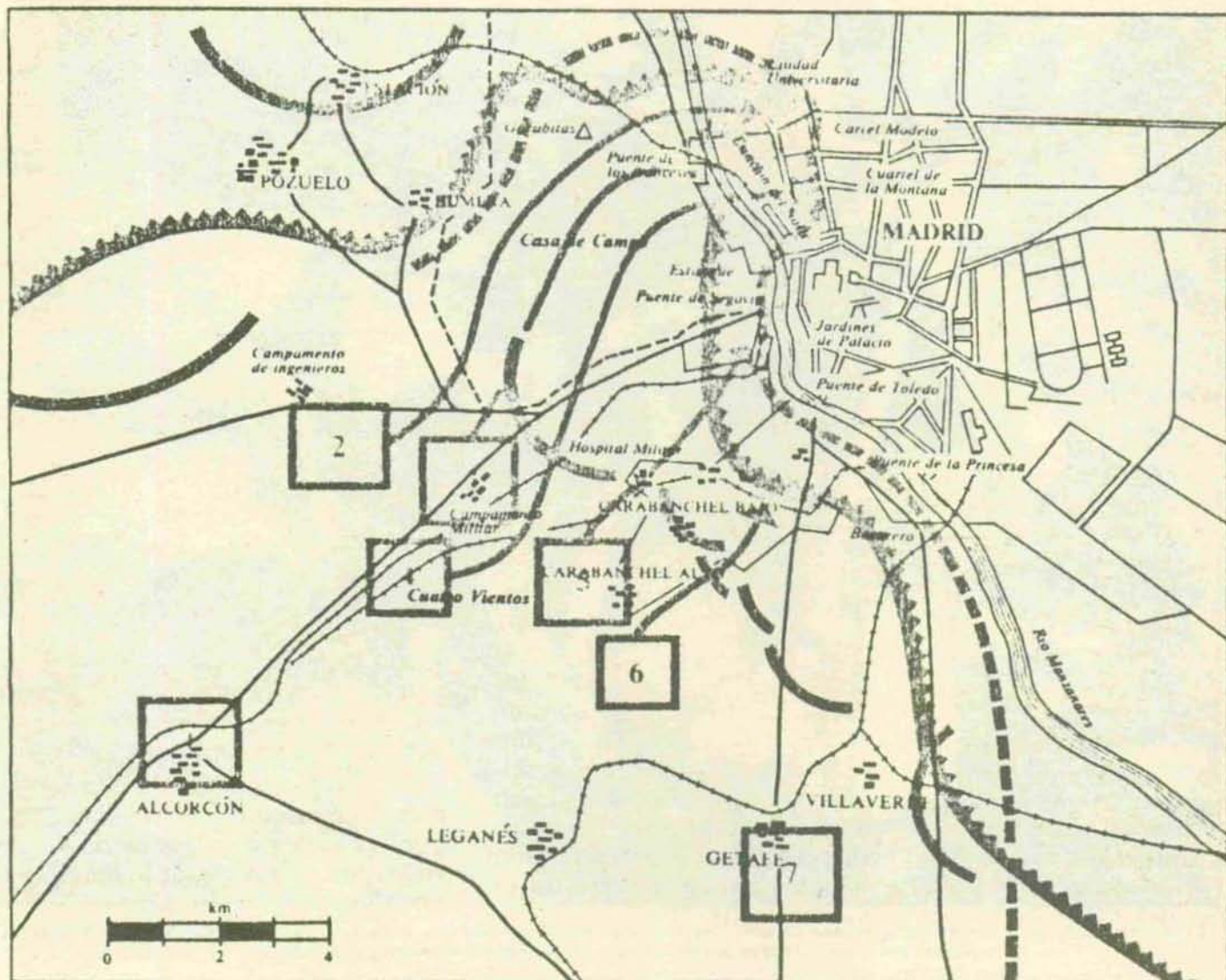
El pueblo —mujeres, hombres, niños y ancianos— arrancaba las piedras de las calles, hacía barricadas; surgían las fortificaciones. Cada barrio organizaba su defensa; muchas casas se transformaban en fortalezas; estaban preparados los cubos y la leña para recibir con agua hirviendo a los enemigos del pueblo. Lo maravilloso de Madrid fue, precisamente, el heroísmo de la población civil. Las casas de algunos barrios extremos de Madrid se convirtieron en verdaderas tumbas de fascistas; se luchó en sus portales, en las escaleras, en las habitaciones.

Los tanques de los que atacaban hacían sonar sus cadenas por las calles de algunos barrios, pero entonces, de lo más profundo de las entrañas del pueblo, surgieron los antitanquistas: el marino Coll, el campesino Cornejo. Hombres que, con la cintura rodeada de bombas, saltaban de las trincheras y se lanzaban al encuentro de las máquinas de acero del enemigo, dejándolas panza arriba, para que sirvieran de tumba a quienes las conducían.

## LA «QUINTA COLUMNA»

Sin embargo, en esos momentos —los más críticos— el peligro no estaba sólo en el enemigo que nos atacaba de frente; estaba también en la «Quinta Columna».

El inventor de ese término —adoptado hoy en el mundo entero para definir al que trabaja emboscado esperando el momento de atacar por la espalda— fue el general Mola. Al preguntarle los periodistas



Mapa de Madrid y sus alrededores donde se hallan señaladas las líneas principales de la ofensiva franquista sobre la capital. (Tomado de «Memorias de un luchador», Gregorio del Toro, Editor).

con cuál de las cuatro columnas dirigidas hacia Madrid por Guadalajara, Somosierra, Guadarrama y el Tajo, pensaba tomar la capital, respondió que con ninguna de esas cuatro, sino con la quinta, que estaba en el propio Madrid. La fanfarronada del general fue un toque de alerta para nosotros y les costó bien caro a sus amigos. El mando de las fuerzas que atacaban Madrid esperaba que la «Quinta Columna» se lanzara a la calle, nos atacara por la espalda y creara el desorden entre la población. Era necesario hacer frente a ese peligro y si no se liquidó del todo, a la «Quinta Columna» se le dieron tales golpes que se la dejó impotente para las acciones decisivas

que venían preparando. Sus mejores refugios los tenía en ciertas Embajadas y Consulados y en casas protegidas por las banderas de esas Embajadas. Otro grave peligro que pesaba sobre nosotros residía en las concepciones derrotistas de los Asensio y compañía, quienes sostenían que Madrid era imposible de defender y fácil de reconquistar. Eran los defensores de la reducción de los frentes y del «chaqueteo» estratégico. Pero como los madrileños no entendían de cifras manejadas caprichosamente por los partidarios del «repliegue» iban a echar por tierra sus famosas «teorías» de la imposibilidad de defender Madrid.

Para nosotros, Madrid no podía ser una ciudad cuya pérdida o conquista debía analizarse simplemente desde el punto de vista de la estrategia militar, sino desde el punto de vista de su importancia política. Madrid era considerado en España y fuera de España como el centro político del país, y si bien no se puede llegar a la conclusión de que en todos los casos la pérdida de la capital de la nación signifique la pérdida de una guerra —y, en nuestro caso, no estábamos dispuestos a dar la guerra ni la lucha por terminadas—, no podemos olvidar la situación concreta que teníamos en nuestra zona cuando el enemigo atacaba Madrid:

1.º El comienzo de la organi-



«En la mañana del 8 de noviembre —escribe Lister—, las columnas enemigas iniciaron el avance, pero chocaron con una resistencia organizada», uno de cuyos primeros pasos sería este excavamiento de trincheras.

zación del Ejército Popular con un mando único solamente era una realidad en Madrid, pues en el resto de nuestra zona seguían las columnas de milicias incapaces de acciones militares serias; no existía ni Estado Mayor Central ni mando único.

2.º En el extranjero, nuestros amigos tenían los ojos puestos en Madrid y nuestros enemigos sólo esperaban que Franco lo tomara para reconocer a su Gobierno.

En estas condiciones, la pérdida de Madrid podía significar un golpe mortal para la República.

Durante el mes de noviembre continuaron los duros combates en el suburbio sur de Madrid, en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria,

donde los fascistas penetraron el 15 de noviembre. Como consecuencia de esto, el frente de los rebeldes adquirió la forma de una bolsa de un ancho de unos 12 kilómetros. La lucha tomó un carácter prolongado de posiciones: se hizo subterránea.

El 19 de noviembre caía mortalmente herido Buenaventura Durruti. Había llegado a Madrid cuatro días antes, con unos 3.000 hombres. Llegaron con la pretensión —un tanto fanfarrona— de salvar a Madrid. Querían, además, hacerlo rápidamente para regresar a Aragón lo más pronto posible. Pidieron el sector del frente donde el enemigo hubiese penetrado más profundamente en Madrid, para desalojarlo. Se les dio un sector de la Casa de Campo.

Yo conocí a Durruti el 18 ó 19 de noviembre, en vísperas de su muerte. Nos encontramos en el Estado Mayor de Miaja, en una reunión de algunos jefes de unidades militares y de sectores del frente de Madrid. En esa reunión, Durruti planteó que sus fuerzas podían ser relevadas y volver a Aragón. Algunos jefes, entre ellos yo, señalamos que era lamentable que unas fuerzas que no llevaban más de tres días en línea (habían llegado el 15) pidiesen el relevo de un frente donde la inmensa mayoría de los hombres llevaban combatiendo desde el primer día de la guerra sin haber tenido un solo día de descanso, y continuaban sin pedirlo. Opinamos que, si insistían en marchar, se les permitiera irse, pues defenderíamos Madrid sin ellos, como

lo habíamos hecho antes de su llegada.

Dio Durruti algunas explicaciones sobre el carácter de sus fuerzas, sus costumbres, sus ideas sobre la disciplina y la práctica del mando, etc., y oyéndole hablar yo comprendía la tragedia interior de aquel hombre fuerte y bueno, combatiente de coraje, víctima en ese momento de las ideas que él había sembrado. Prometió Durruti esforzarse por hacer comprender a sus hombres la necesidad de continuar defendiendo Madrid. Salimos juntos y nos despedimos amistosamente, marchándonos cada uno al sector que teníamos la misión de defender.

Al día siguiente comenzó a correr la noticia de que Durruti, al querer parar una espantada de sus fuerzas, había sido asesinado por uno de sus hombres. Cuando poco después tuvimos confirmación de la trágica noticia, el dolor que nos producía la pérdida de un jefe y de un hombre de su valor se veía aumentado por las circunstancias en que la muerte se había producido. En cuanto a sus fuerzas no sólo no habían desalojado al enemigo de sus posiciones, sino que fue el enemigo quien las desalojó a ellas de algunas de las posiciones que habían recibido. Después de la muerte de Durruti hubo que relevar inmediatamente a esas fuerzas, pues constituían un verdadero peligro para todo el frente de Madrid.

En los días de noviembre el 5.º Regimiento volvía a ser un centro de actividad militar como en los días de la Sierra y Talavera. Hasta el 27 de enero, en que oficialmente se disolvía el 5.º Regimiento, yo compartía la jefatura de éste con la de la 1.ª Brigada. Unas veces venían los oficiales que aún seguían en la comandancia a informarse a mi puesto de

mando en Villaverde, otras era yo el que iba a reunirme con ellos a la calle Lista, aprovechando la noche en que los combates decrecían.

En esos días salieron del 5.º Regimiento órdenes, instrucciones, directivas, para la organización de la defensa de Madrid.

El mes de diciembre transcurre relativamente tranquilo; no hay grandes ni prolongados combates. En el curso de este tiempo los franquistas trabajaban febrilmente en la formación de nuevas unidades, en darles instrucción y proveerlos de medios técnicos modernos. Bajo la dirección de instructores alemanes se fundan escuelas de oficiales y de suboficiales, organizan cursillos y reuniones para estudiar los medios técnicos de combate que les lleguen del extranjero.

Las tropas se entrenan intensamente.

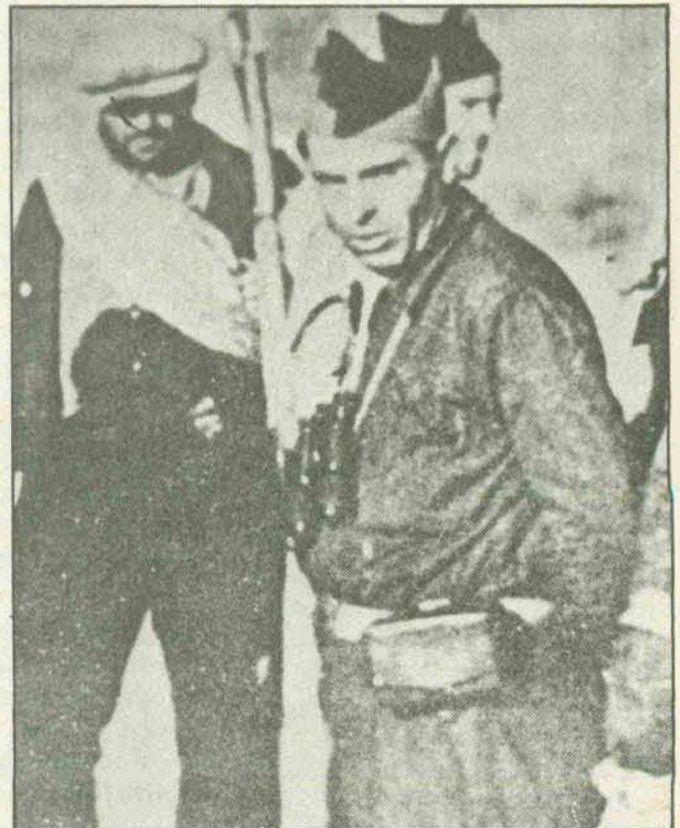
A principios de enero, Franco disponía de medio millón de hombres bajo las armas. Los facciosos se fijan el objetivo

siguiente: aprovechar la superioridad numérica y cualitativa de sus tropas y de sus medios técnicos de combate y apoderarse cuanto antes de Madrid.

También en nuestro campo se aprovechó la tregua entre las operaciones para organizar las fuerzas y perfeccionar toda la defensa de Madrid. Las columnas se organizaron en Brigadas, y éstas formaron Divisiones, y toda la guarnición de Madrid, desde Valdemorillo hasta Villaverde, formó un Cuerpo de Ejército especial.

Se trabajó para regularizar la vida normal de Madrid, así como para organizar y simplificar la complicada y embrollada retaguardia del frente central. Se creó una reserva de transportes automovilísticos; se tomaron medidas para implantar el orden y poner fin a las violencias de ciertas gentes en las carreteras y los caminos.

Se realizó una formidable labor destinada a preparar la capital para la defensa, per-



«El 19 de noviembre caía mortalmente herido Buenaventura Durruti (al que vemos, días antes). Sus tres mil hombres y él habían llegado a Madrid con la pretensión —un tanto fanfarrona— de que salvarían la capital», afirma Lister.

feccionando las viejas barricadas y elevando otras nuevas. Se mejoraron los preparativos para hacer volar puentes, casas y calles enteras en las direcciones más amenazadas. En esta tarea desempeñaron un papel decisivo los obreros y personal técnico de la construcción, movilizadas por sus sindicatos respectivos y por el 5.º Regimiento. De este personal se formaron los Batallones del Subsuelo (con los poceros) y de Minadores, que preparaban las galerías y minas subterráneas aprovechando el alcantarillado para hacer las voladuras. Este ejército de trabajadores de la construcción sirvió de base para la creación de las unidades de Ingenieros del nuevo Ejército de la República. En la defensa de Madrid es donde verdaderamente nació el arma de Ingenieros del Ejército Popular. En todo ese trabajo desempeñó un papel muy importante Federico Molero.

Apareció aviación de bombardeo y caza moderna que, por su calidad, era mejor que la del enemigo, aunque inferior en cantidad.

Por primera vez se vio en Madrid artillería antiaérea: cuatro baterías. Pero, a fines de diciembre, en todo el territorio republicano no había más de 250.000 hombres bajo las armas.

Si comparamos las actividades de los dos bandos hay que reconocer que, en lo que se refiere a alcance de formación de tropas, los facciosos hicieron mucho más que nosotros. La incompreensión del ministro de la Guerra, la obra de los enemigos de la creación del Ejército Popular Regular, surtieron su efecto negativo en la organización e instrucción de las Fuerzas Armadas y quedamos a la zaga de los sublevados.

En los días de noviembre y diciembre, la 1.ª Brigada se va

reforzando con nuevos batallones: los «Thaelmann», «Cruz», «Heredia» y «José Díaz». Así, cuando a mediados de enero se forma la 4.ª División y la 1.ª Brigada pasa a formar parte de ella, tiene ya ocho batallones. Poco después, con los cuatro batallones que la 1.ª Brigada tenía de más, se forma la 9.ª Brigada, y el 9 de febrero, con las dos, se crea la 11 División.

Quiero relatar aquí un ejemplo de cómo elementos fascistas lograban llegar a ocupar puestos importantes.

El Batallón «Heredia» —que llevaba el nombre de un magnífico camarada caído en la defensa de Madrid— al incorporarse a la Brigada venía mandado por dos comandantes. Desde el primer día comenzamos a notar un ambiente raro en el Batallón. Abrimos una investigación discreta y no tardamos en comprobar un gran disgusto de los combatientes y de la casi totalidad de los mandos hacia los dos comandantes. Se reforzó la vigilancia sobre éstos y no tardamos en descubrir que, en un gran chalet cerca de Cuatro Caminos, tenían un verdadero harén y una cantidad fabulosa de productos: comestibles, vinos y licores, ropas y objetos de todo tipo. Detenidos los dos comandantes, se pudo comprobar que uno de ellos era un elemento degenerado, sin ninguna ideología política, pero el otro era uno de los responsables de los grupos de choque de Falange que, antes de la guerra, se dedicaban a atacar a gentes de izquierda en Madrid.

Este falangista, para mejor camuflar su actividad, se batió valientemente en las milicias y, como era un hombre capaz e inteligente, llegó a jefe de Batallón.

Como al primero, que man-

damos con todos los datos al Tribunal Popular, éste lo puso en libertad, al segundo, es decir, al falangista, decidimos que lo juzgara un Tribunal Militar, que lo condenó a muerte. Antes de ser fusilado quiso hablar conmigo y accedí. Prometió sus servicios a la causa de la República a cambio de la vida, y para convencerme empleó dos argumentos: su valentía en el combate y el haber dicho todo lo que conocía sobre el trabajo de Falange en Madrid y haber denunciado a sus compañeros. Le dije que a mis ojos, el primer argumento le era favorable, pero que el segundo lo echaba todo a rodar, pues a los «chivatos» no podía tragarlos, fuesen del campo que fuesen, y que, además, había los crímenes cometidos en su época de pistolero falangista. Cuando se dio cuenta de que no había salvación, murió valientemente.

En los días de la defensa de Madrid vinieron amigos de otros países a traernos el aliento y la solidaridad de sus pueblos. Quiero recordar, entre ellos, al dirigente socialista sueco Jorge Branting. El 19 de diciembre de 1936 nuestro amigo socialista Branting, después de recorrer las trincheras de Villaverde, ocupadas por la 1.ª Brigada, hizo la declaración siguiente:

«He estado en las primeras trincheras del frente de Madrid; las avanzadillas de Madrid son las primeras líneas del proletariado mundial.

»Las dificultades por que atraveséis ahora tendrán su compensación en el porvenir dichoso que os espera.

»Me considero como un gran amigo del Frente Popular español. En unión de las masas que simpatizan con vosotros, insistiremos en denunciar ante la conciencia del mundo civilizado los bombardeos criminales que los fascistas



Los bombardeos de la Aviación franquista sobre Madrid causaron numerosas víctimas, dejando entre ruinas centros urbanos como éste de la calle Atocha, junto a la plaza de Antón Martín.

realizan sobre la población civil de Madrid».

Hasta su muerte —en 1965—, Jorge Branting fue fiel a la promesa hecha en Madrid y en él tuvimos siempre un verdadero amigo de nuestra causa. Cuando en 1961 le visité para pedirle su apoyo a nuestra lucha por la amnistía, los amigos con los que tomé contacto me dijeron que iba a ser muy difícil que pudiese verle, pues no estaba bien de salud. Esto era a las 10 de la mañana, y a las 12 me dijeron que a las tres de la tarde Branting vendría a verme al hotel. Durante tres horas hablamos de las cosas de España y le encontré tan entusiasta de nuestra causa como veinticinco años atrás en las trincheras de Madrid. Visitantes asiduos a nuestras trincheras en esa época eran, entre otros, el corresponsal de la «Pravda» Koltsov y, sobre todo, Román Karmén, fil-

mando con su máquina ataques y contraataques. Este hombre, algunas veces nos ponía en verdaderos aprietos, pues lo mismo se subía encima de las trincheras que se ponía a filmar desde lugares completamente batidos por el enemigo. Los combatientes le admiraban y le querían no sólo por su valentía, sino también por su jovialidad. A nuestro lado estaba el gran poeta chileno Pablo Neruda.

#### **OFENSIVA ENEMIGA POR EL NOROESTE**

Convencido por los combates de noviembre de que sería sumamente difícil vencer la defensa republicana en las inmediaciones de Madrid, Franco eligió, para la ruptura del frente, el sector del sur de Pozuelo, desde Alcorcón hasta Valdemorillo, cerca de las pendientes de Guadarrama.

Con vistas a esta operación, los rebeldes inician ya, el 14 de diciembre, una operación parcial para apoderarse de Boadilla del Monte como base de la próxima ofensiva. Después de tres días de encarnizados combates, toman dicho punto.

El objetivo inmediato del enemigo era: salir a la carretera Madrid-El Escorial, cortar las comunicaciones entre el frente de Madrid y el de Guadarrama, rebasar las fortificaciones de Madrid e irrumpir por el Noroeste en la capital.

Se suponía que el frente de Guadarrama caería por sí mismo después de esto. Así que, con la operación de enero de 1937, los fascistas perseguían un objetivo decisivo de gran envergadura: tomar Madrid, destrozando el frente de Guadarrama y poner fin a la guerra.





La consigna de «ayudar a Madrid» se extendió por toda la zona republicana mediante carteles como el que reproducimos. De la salvación de la capital dependía la suerte inmediata de la guerra.

Para llevar a cabo esta operación se destacaron, como primer escalón de la agrupación de choque, cerca de 15.000 hombres, de 100 a 120 piezas y 50 tanques; todo al mando del general Orgaz.

En el sector de la ruptura, de 10 kilómetros, había ocho batallones republicanos, con un total de cerca de 3.000 hombres y en todo el sector tres baterías.

En la mañana del 3 de enero de 1937 los facciosos comenzaron la ofensiva; rompieron el frente y desalojaron a nuestras fuerzas 2-3 kilómetros hacia el Norte.

De Villanueva del Pardillo hasta Las Rozas hubo una ruptura de 8 kilómetros que nadie tapaba, pues los batallones leales se replegaron en direcciones divergentes: hacia Torrelodones y El Pardo.

Se creó una situación muy desfavorable para nosotros. El frente estaba roto sin disponer

de ninguna clase de reserva. Los fascistas tenían la completa posibilidad de apoderarse de El Pardo por la dirección Noroeste, pero estaban tan agotados por los dos días de combate y por la enérgica resistencia leal que se vieron forzados a detenerse y perdieron todo el día 5 para rehacerse y traer nuevas reservas. El día 6 el enemigo prosiguió su ofensiva y, después de tomar Aravaca, continuó avanzando por la carretera de La Coruña hacia el puente de San Fernando.

En la noche del 8 al 9 recibí la orden de trasladarme rápidamente con tres batallones desde Villaverde a ese sector del frente. Al llegar, en las primeras horas del día 9, nos encontramos con que el enemigo salía a lo alto de la Cuesta de las Perdices y las fuerzas anarquistas que defendían ese sector se replegaban cruzando el Manzanares. Sobre la marcha, con un bata-

llón, paramos en seco el avance del enemigo hacia el puente de San Fernando, mientras los otros dos atacaban su flanco izquierdo desde El Pardo. Durante todo el día 9, en los merenderos de la Cuesta de las Perdices se combatió furiosamente, cuerpo a cuerpo. El arma más empleada fue la bomba de mano. Muchas veces cayeron juntos, bajo su metralla, los combatientes de ambos bandos.

Ese día murieron heroicamente el teniente Enrique Menedolio y el soldado Salvador Juan, después de haber destruido dos tanques enemigos. Allí cayó también el comisario Alejandro González.

El día 10 el enemigo pasa a la defensiva en todo el frente, quedando fijado en este sector hasta el fin de la guerra. El plan de tomar Madrid por el Noroeste también había fracasado.

Después de tomar parte con otras fuerzas en varios contraataques, el día 14 mis tres batallones fueron relevados y, una vez tomadas las medidas para su traslado a Villaverde, yo mismo salí en esta dirección.

Cogimos la carretera que desde la playa de Madrid salía a Fuencarral. Poco después, el coche de la escolta tuvo una dificultad de motor y se detuvo. Nosotros continuamos el viaje. A un kilómetro y medio fuimos detenidos por un grupo de seis hombres armados que parecían un control —de los que había en abundancia—. Nos encañonaron con los fusiles al chófer, al ayudante y a mí y nos ordenaron levantar los brazos. Les dije que si no veían la bandera del coche del jefe de Brigada. Me respondieron que la veían y que sabían quién era yo y que bajásemos del coche que me iban a liquidar allí mismo: que el Comité de Defensa de la

C.N.T. me había condenado a muerte por lo que había hecho hacía cuatro días con las fuerzas anarquistas (me había esforzado en parar su desbandada) y que ellos eran los encargados de ejecutar la sentencia. Procuré ganar tiempo para ver si llegaba el coche de la escolta o, por lo menos, aprovecharme de un descuido de ellos para sacar la pistola. Y la suerte estuvo una vez más a mi lado: no habían transcurrido tres minutos de discusión cuando se oyó el ruido del motor. Comencé, entonces, a bajar del coche con las manos en alto por delante. En ese momento, los cinco hombres de la escolta saltaban de su coche sin que éste se hubiera parado aún del todo. Mientras los anarquistas quisieron acudir a ellos, nosotros saltamos del nuestro y un par de minutos después todo había terminado y continuábamos viaje a Madrid.

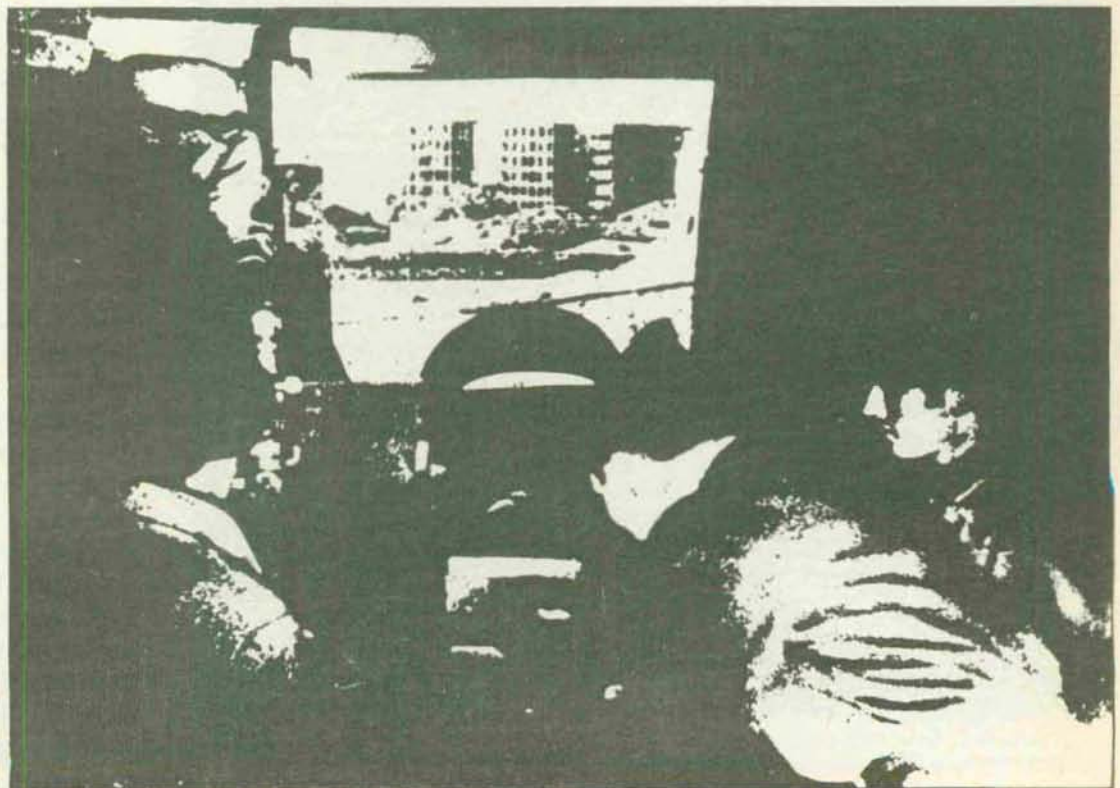
Entre los provocadores introducidos en la F.A.I. se había convertido en una obsesión el liquidarme, como liquidaron a tantos otros.

Una vez, yendo de Madrid a Alcalá, me tirotearon el coche. Y en otra ocasión, cuando de regreso de un mitin en el Cine Monumental iba en auto por la Castellana, hicieron una maniobra con dos coches, y sólo gracias a la sangre fría del chófer —José Martínez— que conducía el mío no nos estrellamos contra los árboles.

El primer intento de asesinarme tuvo lugar una vez que salía del cuartel del 5.º Regimiento a la una de la madrugada para acercarme a la calle de Avila. Esta calle está al lado del cine Europa, donde los anarquistas —«enemigos de todo autoritarismo»— tenían una «comisaría» de policía. Yo marchaba tranquilamente y al ir a doblar la esquina se echaron sobre mí cinco hombres, arrancándome la pistola que llevaba colgada de una correa y privándome de toda posibilidad de movimiento. Como comenzaron a arrastrarme hacia el cine y a llamarme fascista, me di cuenta de que eran los anarquistas y de que se trataba de darme el «paseo». Entonces comencé a

gritarles que yo era del 5.º Regimiento y comunista. Todo esto ellos lo sabían perfectamente, pero yo lo hacía para que **alguno de los vecinos**, que comenzaron a asomarse a las ventanas, fuesen a avisar al cuartel del 5.º Regimiento.

La oficina la tenían montada en los bajos del cine, en una gran sala que daba a la calle principal. Al llegar a la puerta, me metieron dentro de un empujón. Así, dejaron de sujetarme un momento, que yo aproveché para sacar otra pistola que llevaba escondida —ésta ha sido la norma que he seguido toda la guerra— y, de espaldas a la pared, amenazarles con tirar si se acercaban a mí. La cuestión era ganar tiempo para que pudieran venir los camaradas a sacarme de allí y no dejarme llevar al sótano, pues eso significaba aparecer por la mañana en la Dehesa de la Villa acribillado a balazos. Se trataba, pues, de ser salvado o de morir allí mismo, pero llevándome a unos cuantos por delante. Yo me aprovechaba, además, de que a los anarquistas no les in-



La Casa de Campo y la Ciudad Universitaria fueron los escenarios de los más duros combates por la posesión de Madrid. Dentro de esta última, contemplamos un instante de la lucha en los alrededores del Hospital Clínico.

teresaba armar una ensalada de tiros en aquel lugar donde muchos vecinos podían oírlos. No habían pasado quince minutos desde que se habían apoderado de mí, cuando se oyeron fuertes gritos en la calle y un centinela entraba anunciando que milicianos del 5.º Regimiento estaban rodeando el edificio. En ese momento, Carlos y un grupo de camaradas entraban pistola en mano, en la sala. El jefe de la banda dio toda clase de disculpas asegurando que se trataba de un error y que los que lo habían cometido serían castigados.

Por esta vez, el intento de liquidarme les había fallado; pero, como se ha visto, no sería el último.

### EL CERRO DE LOS ANGELES

El Cerro de los Angeles, bautizado durante la guerra «Cerro Rojo», es una altura que se encuentra a 13 kilómetros al sur de Madrid, al lado de la carretera de Cádiz y frente a Getafe. En lo alto del cerro había una ermita y un monumento religioso. Esta altura tenía una indudable importancia militar y en noviembre el mando

republicano había intentado su reconquista, pero sin resultado positivo. El ataque se había hecho de día, sin sorpresa alguna, y fracasó.

Yo preparé un plan para su conquista, más realista que el puesto en práctica en noviembre y, por lo tanto, con muchas más posibilidades de éxito.

Se trataba de atacar el cerro de noche, por sorpresa. Varios batallones de mi Brigada conocían perfectamente el cerro y sus alrededores, pues habían estado allí tres días antes de la operación de Seseña y otros cuatro días después de la operación. Además, no habíamos dejado de seguir recogiendo todas las informaciones posibles sobre la organización defensiva del cerro.

Por fin recibí la autorización para atacar el cerro, pero el jefe de la División se empeñaba en que fuese realizado a la manera clásica; es decir, preparación artillera y actuación de tanques y aviación. Yo me negué, y al final fue aceptado mi plan.

En la noche del 18 al 19 de enero concentré los batallones «Victoria», «Amanecer» y «Thaelmann» en Perales del Río, durante todo el día 19 se les explicó el conjunto de la operación y, sobre todo, se explicó a cada Batallón, Compañía, Sección, Escuadra, e incluso en ciertos casos a cada hombre, su misión concreta.

A las 11 de la noche del 19 al 20 se pusieron en marcha los batallones; a las dos de la madrugada todos estaban al pie de las posiciones que debían atacar. Pasaron al ataque media hora más tarde, después de que los equipos encargados de ello habían cortado los alambres en diferentes puntos para abrir paso a los primeros destacamentos. El ataque fue simultáneo desde todos los puntos, y a las cuatro de la mañana el Cerro Rojo estaba



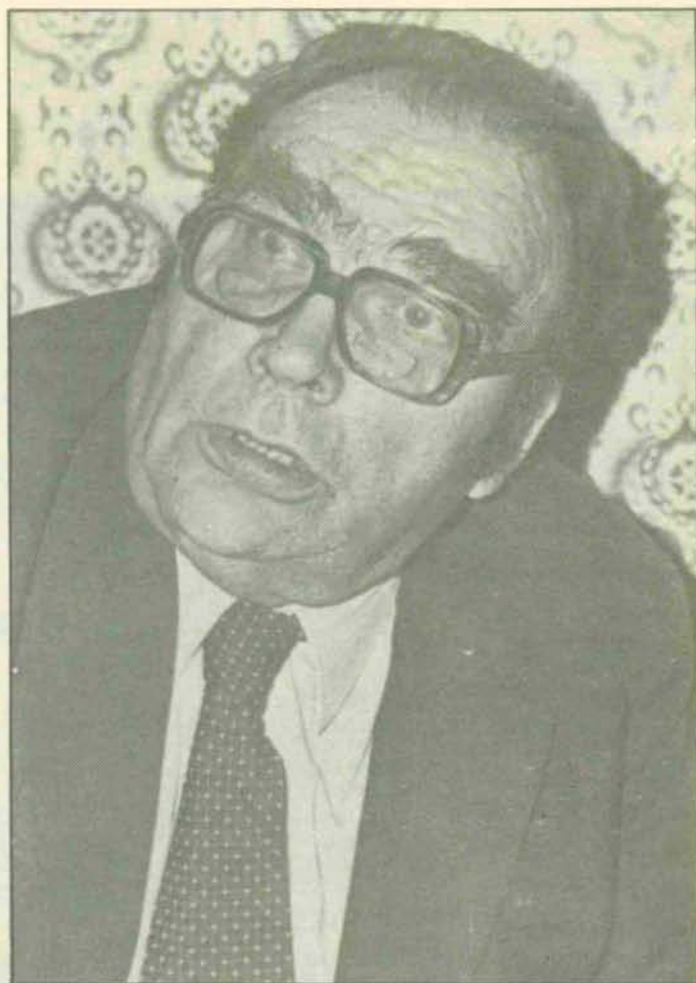
Acto celebrado en el cine Goya, de Madrid, el 27 de enero de 1937, en el que se comunicó oficialmente la disolución del V Regimiento. Habla Dolores Ibárruri; sentado, Lister.

en nuestro poder, con más de 400 prisioneros, entre ellos el jefe del sector, comandante Ricardo Belda López. Este fue cogido en la cama y, momentos después, le llevaron al lugar cercano desde donde yo dirigía la operación. Al anunciarle los que le conducían quién era yo, se cuadró y al hacerlo, el capote que traía sujeto con las manos se abrió y apareció en calzoncillos, indumentaria tan poco marcial que el hombre no sabía a dónde mirar. En vista de ello, di la orden de que le llevaran a donde lo habían cogido para que se vistiese y calzara. El comandante Belda hizo más tarde diferentes llamamientos a sus compañeros del Ejército franquista para que abandonaran la lucha contra la República.

La operación se había hecho casi sin bajas por nuestra parte, pero el enemigo no tardó en reaccionar y comenzó a enviar fuerzas desde Getafe y Pinto. Durante toda la mañana los tres batallones, sin ningún apoyo de artillería, rechazaron los contraataques del enemigo y sólo al comienzo de la tarde aparecieron unos cuantos aviones nuestros y algunos tanques y, ya a media tarde, refuerzo de infantería. Pero en ese momento las fuerzas y los medios que el enemigo había concentrado contra nosotros eran tan superiores que nuestras fuerzas fueron rechazadas del cerro después de sangrientos combates, durante los cuales tuvimos gran cantidad de bajas.

Entre los muertos estaba el jefe del Batallón «Victoria», Miguel Valverde, capitán del Ejército al estallar la sublevación y que desde el primer día se había puesto al lado del pueblo; entre los heridos graves, Manuel Puente, comisario de la 1.ª Brigada. Los dos caídos cuando, a la cabeza del Batallón «Victoria», se lanza-

Enrique Lister, hoy, a los setenta años de edad. El discutido dirigente comunista ha regresado ahora a España, tras casi cuarenta años de exilio. (Foto Ramón Rodríguez).



ron al asalto de los últimos reductos enemigos del cerro.

Esta pequeña operación fue mi tercera operación de noche, en las que luego mis fuerzas habrían de adquirir un dominio bastante considerable. Pero esa operación debía ser, asimismo, la primera en que yo había de darme cuenta de los métodos y una mentalidad que luego habría de encontrar en cada una de las operaciones en que tomé parte. Me refiero a la falta de aseguramiento de una operación con los medios necesarios para conseguir el éxito correspondiente a los objetivos previstos. Aquí habría de ver, también por vez primera, otro fenómeno, ligado al anterior, que luego habría de encontrar en todas nuestras operaciones ofensivas: me refiero a que nuestros mandos superiores se vieron tan sorprendidos por el éxito de la operación como

el propio enemigo, con la diferencia de que los mandos enemigos reaccionaron con mucha más rapidez que los nuestros.

Al ser herido Puente, queda vacante el puesto de comisario de la 1.ª Brigada, que pasó a ocupar S. Alvarez. Yo me había encontrado con Alvarez un mes antes de la guerra, en la escuela de cuadros que el Partido había creado en Madrid, donde él estaba como alumno y yo iba a explicar cómo organizar el trabajo entre las fuerzas armadas. Comenzada la guerra, me lo encontré de nuevo montando guardia en el local del Comité Central del Partido. Al organizarse la 1.ª Brigada, el Batallón de Milicias Gallegas pasó a formar parte de ella como 4.º Batallón. En ese momento Alvarez fue nombrado comisario político de dicho Batallón.

■ ENRIQUE LISTER.